



# Círculos y Logos

## REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

### Reseña:

Luis Sáez Rueda, (2009), *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*.

Madrid, Editorial Trotta, 333 páginas.

Juan David Zuloaga Daza\*

La filosofía contemporánea tiene problemas urgentes y Luis Sáez lo sabe. Heredero de la manera de discurrir filosófica que inaugurara Husserl, entiende que la filosofía tiene que hablar del mundo. Y ya en el subtítulo de la obra anuncia su propósito: pensar una ontología crítica de la sociedad. Se ve en el subtítulo, entonces, no sólo el objetivo y el desarrollo del libro, sino que también en él están los dos niveles o dos planos de desarrollo sobre los que se mueve el texto: el de la ontología y el de la crítica de la sociedad. En el primer plano se detiene el autor, discute con Heidegger y también con Deleuze y con Derrida. Lo hace con precisión y con detalle. La crítica de sus respectivas ontologías va delineando a un tiempo la ontología que el autor propone. Con la crítica, con la que éstas tienen de deficitario, pergeña el autor una interesante y sugerente ontología. Páginas escritas con paciencia y con minucia; páginas que no están desprovistas de un soplo poético, acaso respondiendo a lo que una vez, en

---

\* Ex profesor de Filosofía Política en la Facultad de Ciencia Política y Gobierno de la Universidad del Rosario. Bogotá, Colombia. Columnista del diario *El Espectador*, Colombia. Estudiante doctoral del Departamento de Filosofía de la Universidad de Granada. España.

amena conversación, me confesó el autor: que le gustan a él los filósofos cuya filosofía tiene también poesía.

El libro está dividido en cuatro partes. En la primera, bajo el título de “Fenomenología de la vida cotidiana”, comienza a poner las bases de la ontología que propone, aclarando nociones básicas de la comprensión fenomenológica del mundo. Es de elogiar la claridad que procura Luis Sáez Rueda –y en esto se distancia de algunos de sus ilustres predecesores– para hablar de problemas que entrañan dificultad.

También, en esta primera parte, inicia la crítica a la sociedad contemporánea. Bajo el epígrafe de “El malestar en la sociedad estacionaria” lanza una de las críticas fundamentales que de la sociedad hace el autor y que será, en buena medida, eje en torno al cual se articularán otras muchas de las críticas que a lo largo del libro plantea: la crítica de lo que llama la ficcionalización del mundo. Dicha ficcionalización es el resultado de una ‘sociedad estacionaria’; esto es, una sociedad en la que todo cambio es aparente o superfluo; una sociedad administrada de forma tal que el cambio no genera un mundo mejor, ni siquiera distinto, sino que se limita a un ajetreo constante, sí, pero carente de sentido; una actividad que se emprende para organizar el vacío. Tal ficcionalización del mundo está impulsada por unos medios de comunicación que forjan una imagen espuria del mundo y que pretenden hacer pasar ese mundo aparente como si fuese más real que la realidad misma.

En la segunda parte –“Ser errático, ser discorde”– analiza el inmanente error que hay en lo humano; criticando la postura de Heidegger para quien el estar-en-el-mundo es, sobre todo centricidad. Le reprocha Luis Sáez al pensador alemán el dejar por fuera la ex-centricidad, que considera no sólo inmanente, como queda dicho, sino idónea para intentar salir de la sociedad estacionaria en la que ha venido a parar Occidente. Esa excentricidad es la que le permite al individuo crear nuevos mundos. Pertenece el ser humano a un mundo, pero está a la vez lanzado a uno nuevo que va creando en todo momento. Por ello es errático el hombre. Y su carácter errante es, fundamentalmente, el camino que crea nuevos mundos a cada paso de su existencia.

Una errancia, propone el autor, que es creativa y que en su excentricidad colinda con la locura, a la que Luis Sáez le otorga un papel principal en la condición humana. A la locura, en efecto, le dedica un párrafo de la tercera

parte del libro. Reconoce una errancia auténtica que llama *quijana*, en virtud de los recursos vitales de ese caballero de la triste figura que pasaba por *excéntrico* por doquier, y una errancia inauténtica que llama ‘cortesana’ en la que priman las aventuras ficticias y el andar ilusorio que constituyen una existencia ficcional y sustituyen a un caminar genuino que hace mundo y para el cual es menester una dosis de locura. Le reconoce pues a la locura su inmanencia en el ser, si bien se permite moderar, con respecto a lo propuesto en trabajos anteriores, la dosis que al hombre sano conviene.

De particular relevancia en este capítulo es la concepción que tiene el autor de lo céntrico y lo ex-céntrico como caras de un mismo acontecimiento. De esta manera sólo le es posible al hombre ex-trañarse, tomar distancia en la medida en que ya se es en el mundo y por ello se comprende ya, en la existencia, de alguna manera; una existencia que está situada temporal y corporalmente. Este planteamiento lo conduce a poner de relieve lo que llama Luis Sáez ‘discordancia real’. La categoría le sirve para expresar el problema de que la identidad y la diferencia, lo uno y lo múltiple, no son, como en ocasiones ha pretendido la historia de la filosofía, oposiciones de elementos contrarios ni son reductibles el uno al otro; sino que son el uno en virtud del otro; son –nos dice– al unísono, pero discrepando. La ‘discordancia real’, sin embargo, no es la solución del enigma, como nos confiesa el autor, sino la enunciación del mismo.

En la tercera parte, titulada “Dimensiones del acontecimiento”, estudia la dimensión cualitativa de la fuerza y el campo de influjo que ejerce en la acción. La fuerza es potencia en el operar que se incardina en diversas pasiones (alegría, tristeza, compasión, etcétera) y que en virtud de la fuerza que las sustenta o las porta adquieren mayor o menor poder de impacto, más vasto o más nimio campo de acción. Sin embargo, la fuerza, acota el autor, no se limita al dominio de las pasiones, sino a todo acontecer.

Rastrea la dimensión intensiva de la fuerza desde el pensamiento de Aristóteles hasta el siglo del Barroco (Leibniz, Spinoza) y una posición antitética, predominante en la Edad Media y sobre la que se asientan las perspectivas matematizante y científicista de parte del pensamiento de la Modernidad, para el cual la fuerza se reduce a su manifestación cuantificable. Esta reducción de la *intensio* a la *extensio* de la capacidad operante de la

fuerza, es otro de los síntomas de la sociedad estacionaria y ficcionalizada en la que vivimos. No obstante, este litigio en las comprensiones de la fuerza y, a la postre, en las comprensiones del mundo, es más aparente que real, pues Luis Sáez no le niega realidad a ninguna de tales manifestaciones, sino primacía en su carácter ontológico a la *intensio*, aunque entiende que hacen parte de una unidad que no se puede separar.

Para vencer la inercia de una fuerza que se pliega al artificio, a lo preconcebido y lo preestablecido, mal propio de una sociedad ficcionalizada, la fuerza tiene que ser potencia operante, que no es sino su dimensión intensiva y que se encarna en un agenciamiento, siguiendo la categoría que acuñara Gilles Deleuze. Se trata, entonces, de un obrar que procura crecimiento y generación y que, en esa misma medida, derriba la agenesia –imposibilidad de crear nuevos mundos, nuevos campos de significación y de sentido, cualitativamente diversos a los ya existentes– propia de la sociedad estacionaria.

Ahora bien, si Heidegger había purgado la noción de ser de todo rastro de agenciamiento por considerar todo obrar como producción en una comprensión técnica del mundo propia de nuestros días, si Nietzsche había reducido el sentido a la fuerza, Luis Sáez rebasa estas dos concepciones mostrando el vínculo que entre fuerza y sentido existe en la unidad del acontecimiento. Porque la fuerza es ciega sin la comprensión y ésta es inoperante sin aquélla. De esta manera, el acontecimiento en su emergencia abre un devenir que es, a un tiempo, apertura de sentido y agenciamiento. Pero parece que también hay calidades en los distintos acontecimientos, pues obsequia al lector con una definición de la excelencia: “Sólo allí donde el esplendor comprensivo y la exuberancia de la fuerza concurren en un mismo acto tiene lugar la abundancia más alta: la excelencia” (pp. 175-176).

Pero huelga aclarar que la fuerza no es de suyo comprensiva ni la comprensión es de por sí fuerte. Fuerza y sentido son distintos, aunque entre ellos no haya oposición –pues, al cabo, son anverso y reverso de un mismo fenómeno– sino distinción; ‘distinción real’, nos dice el autor.

En la última parte del libro “La vida del pensamiento”, estudia el papel que en el agenciamiento juega el ingenio para mostrar que el pensamiento no responde a una preestablecida gramática de la acción, sino que el propio ingenio es quien

se encarga de ofrecer posibles cursos de acción frente a las implacables circunstancias.

Por ello emprende una crítica del racionalismo actual (Apel y Habermas) por su convicción de que el pensamiento judicativo (y casi diríamos judicial) es el plano último de sentido de la construcción de la realidad, lo que daría lugar, explica Luis Sáez, a una noción formal y procedimental de la racionalidad que a la postre –y es la preocupante consecuencia que el autor extrae de esta postura filosófica– conduce, indefectiblemente, a una judicialización del mundo de la vida. Incluso lanza la tesis de que la ‘validez’ apel-habermasiana es una traslación del modelo de deliberación política a la indagación filosófica.

Este punto de inicio, que los ilustrados juzgan irrebutable, lo pone en cuestión Luis Sáez por considerar que la génesis del pensamiento no está, no puede estar en el dar razón, sino en la más primordial enraizamiento en un mundo, en una existencia y en una comprensión que obligan a extrañarse frente a lo dado. Se trata, antes que se ponga en marcha la conciencia judicativa, de un mecanismo previo que obliga al individuo a ingeniárselas frente a una realidad que es esencialmente problemática. Se trata de un enlace ontológico con el mundo que no es mero aditamento estético y que, en tanto ontológico, tampoco puede soslayarse. Así, el argumentar, el dar razón, es inseparable de un acontecimiento ante-predicativo del pensamiento que le confiere un estilo; que puede ser oportuno o no, que tiene una eficacia productiva o creativa y una fuerza discriminatoria para señalar lo pertinente, para diferenciar lo esencial de lo superfluo, para poner de relieve lo digno de ser defendido y escindirlo de lo prescindible. Pues un discurso no comienza con argumentos, sino con una toma de posición análoga, nos propone el autor, al plan difuso del ajedrecista con respecto a las posibles jugadas específicas.

Por ello el ingenio, siguiendo la fórmula merleau-pontyniana, es un “crear reglas sin regla”. De esta manera, la normatividad del pensamiento reside en su ejercicio y no opera por aplicación de criterios preestablecidos. Así, la ontología crítica de la sociedad busca arrojar, auspiciada por el ingenio, en un agenciamiento que sea capaz de crear nuevos mundos. No se detiene en la crítica del poder, sino que, mediante una crítica de lo in-mundo, pretende mantener vivo el pensamiento, para ingeniar nuevos y fértiles cursos de acción. No tiene la crítica ontológica de la sociedad un ideal de humanidad; es, en

cambio, una invitación permanente y perenne a buscar los caminos que el pensamiento naciente y vivo sabe ofrecer. Vivir de manera contraria resulta patológico –aunque la patología esté normalizada en una civilización morbosa– y lo patológico, en este caso, es lo ‘inerrático’, que trae como onerosa consecuencia una parálisis del ingenio y del agenciamiento y que conducen a ‘un no poder comportarse sino de esta forma’.

Es apenas evidente que toda ontología que se limita a describir el mundo, a ofrecernos un cómo de la comprensión del ente, deviene mera epistemología. Una ontología que no invita a la acción, esto es, que, a su manera, no presupone una ética, es filosofía de la ciencia, todo lo alto o todo lo preciso que se quiera este saber. No es el caso del *Ser errático*, pues no sólo explica los entes del mundo, sino que nos habla de los posibles cursos de acción; de las exigencias que la vida impone a un hombre y que generan la tragedia; de acuciantes problemas del mundo actual que han conducido al hombre a la deshumanización, a la inercia y al marasmo. Sabemos ya que la fuerza tiene cualidad; y aquí, la fortaleza de un pensamiento se encarna en la belleza de unas páginas. Y al libro, que no sólo es comprensión de un mundo, sino que abre mil comprensiones nuevas de todos los lectores atentos, hay que dejarlo ahora discurrir, para que en el encuentro con los lectores y en el fecundo diálogo filosófico abra nuevas sendas en su eterno error.